



Círculo Rojo

TOMÁS, UN MARINO DE LA MANCHA

TOMÁS, UN
MARINO DE LA
MANCHA



TOMÁS PATRICIO CASTAÑEDA DEL AMO

Primera edición: julio 2021

Depósito legal: AL 1945-2021

ISBN: 978-84-1104-818-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Tomás Patricio Castañeda del Amo

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

A mis queridos compañeros, de todas las categorías,
que me han aguantado los últimos 45 años...

ÍNDICE:

PRÓLOGO	15
VERANO DEL 75.....	17
MADRID	49
LA DECISIÓN.....	57
OTOÑO DEL 75 - MARI CARMEN	63
SAN FERNANDO	83
COMIENZA LA INSTRUCCIÓN	95
MI 16.º CUMPLEAÑOS.....	113
DE CUARTELERO - BLANCO.....	121
FRANCOS DE PASEO	135
FALLECIMIENTO DE FRANCO.....	145
JURA DE BANDERA.....	149
PERMISO DE NAVIDAD.....	165
MUNERA.....	171
VIGO - LA ETEA.....	193
LA PRIMERA GUARDIA MILITAR	213
LA BANDA DEL «LÁTIGO» - GRITOS EN LA NOCHE...	231
MOAÑA.....	245
LA PALIZA.....	257
DISTURBIOS EN VIGO	277
CRISTÓBAL COLÓN - LA GALERNA.....	291
VACACIONES DE SEMANA SANTA	309
PUY.....	319

LAS ISLAS CÍES.....	337
PEREGRINACIÓN A SANTIAGO	351
LA FIESTA DE LA PATRONA.....	365
SIN COMPAÑEROS. EL GRAN DESENGAÑO	373
FERROL - EL «MÉNDEZ NÚÑEZ»	381
VERANO DEL 76.....	395
LA VIDA A BORDO. JULIO.....	407
SALIDA A LA MAR.....	425
DESPIDIÉNDONOS DE FERROL - LA COMISIÓN.....	455
CALAMARES.....	475
PARA EL BANCO SAHARIANO - SÁBADO LEGIONARIO ...	497
MI PRIMER TEMPORAL.....	509
FONDEO EN MAURITANIA.....	517
EL «MAR DE VIGO».....	521
ZAFARRANCHO DE COMBATE REAL	529
«SANTA UXÍA»	535
MI PRIMERA GUARDIA EN TIERRA.....	541
SANTA CRUZ DE TENERIFE - ROSA HELENA.....	549
OTRA VEZ PARA EL BANCO... -	
LA OLA GIGANTE	557
EL GATO Y EL DIOS «NEPTUNO»	567
DE VUELTA PARA CASA.....	575
NOS «HUNDEN» LOS INGLESES	577
LA CARREIRA - 1977	581
XV SALÓN NÁUTICO DE BARCELONA	585
CEUTA, UN GRAN ERROR...	
Y EMPEORANDO	603
LA VIDA SIGUE... SEMANA SANTA.....	619
CANTÁBRICO Y LA VI FLOTA.....	623
EPÍLOGO.....	631
BIBLIOGRAFÍA	633

PRÓLOGO

Mi pretensión, al relatar mis experiencias, es describir, someramente, diversas situaciones, vistas desde dentro de la Armada, para que se conozca como es el interior de la Marina, ya que la mayoría de los ciudadanos no suelen saber cómo es el funcionamiento de uno de los pilares más importantes de nuestra Defensa.

Los nombres de todos los personajes que aparecen son ficticios, excepto los de mi familia, que son verdaderos, así como los lugares a los que hago referencia, que también lo son.

Así mismo, a través de mi narración, procuraré mostrar las actitudes de mis compañeros, y las mías propias, ante las diferentes vicisitudes que nuestra vida nos ha ido presentando, no siempre demasiado decorosas, así como los estados de ánimo presentes ante las situaciones más dispares, aunque procuraré no repetir la descripción de las experiencias, al ser similares a otras ya comentadas.

También pretendo transmitirle al lector el hecho de cómo la vida, a través de nuestro albedrío, nos va encaminando para un sitio u otro, sin que nosotros seamos capaces de advertirlo, así como el cambio paulatino en las prioridades de un adolescente, de quince años, que solo vive para divertirse, a una persona que, poco a poco, tiene que ir asumiendo responsabilidades conforme va madurando y la vida le va exigiendo.

A veces, trataré de explicar, técnicamente, alguna materia, de comunicaciones, militar o marinera teniendo la necesidad de utilizar un vocabulario, quizá, poco conocido para los lectores no habituados a los ambientes marímeros o castrenses. Trataré de que no sea demasiado farragoso.

VERANO DEL 75

Nací en la ciudad manchega de Villarrobledo, provincia de Albacete, el 31 de octubre de 1959, teniendo quince años cuando comienzo mi narración, el 1 junio de 1975.

En este tiempo nosotros vivíamos en una granja de cerdos, gallinas, corderos y demás «bicherío» —pavos, patos, cabras, ocas, faisanes, gatos, perros etc.—. La propiedad del negocio era de mis padres y mis tíos, que la habían montado con el propósito de que mi padre dejara el campo y se viniese a la ciudad. El trabajo era impresionante para él solo, por lo que tanto mi madre, como mi hermano Rafa y yo teníamos que ayudarlo en lo necesario, independientemente de seguir con nuestros estudios. Yo estaba terminando el 6.º de Bachiller con regulares perspectivas, ya que Filosofía no me la aprobarían, aunque aprobé todos los exámenes de recuperación, la profesora no consentiría, bajo el pretexto de que había ido a clase por primera vez en el mes de febrero.

Aquel domingo, día 1, mientras desayunaba, pensando en el «trabajo» que habíamos tenido la noche anterior limpiando la piscina, que era pública. El sábado se estuvo utilizando hasta las ocho de la tarde, momento en que empezó a vaciarse, y tardaba en hacerlo cuatro horas, por lo que a las doce de la noche habíamos comenzado a limpiarla, terminando a las dos y media, para posteriormente volver a llenarla y que al día siguiente estuviese radiante para abrir a las once al público. Esta operación se repetía cada cuatro días, pero el duro que nos pagaban, por el baño y la estancia, nos ayudaba mucho.

Yo había quedado con mis amigos a las once y media, por lo que tenía dos horas para limpiar mi «ración» y ducharme, que aquel día

consistía en limpiar una nave de 400 cerdos, que estaban en «cebo» — en fase de engordar— y echarles de comer. El agua se les administraba por medio de unos grifos que ellos abrían y cerraban con el morro, por lo que no había que hacer nada.

Cuando acabé, salí de la ducha, directamente en bañador, y como tenía media hora, mi madre me mandó a recortar algo de los setos de mirto que llevaban a la piscina mientras llegaban mis amigos. Pasamos la mañana en la piscina, haciendo planes para la tarde, ya que siempre quedábamos con la pandilla, que éramos alrededor de doce, y prácticamente siempre hacíamos lo mismo el fin de semana. Nos juntábamos en el jardín alrededor de las cinco en un banco predeterminado y cuando estábamos todos dábamos una vuelta por él para luego subir por la calle de la Plaza, hasta la plaza Vieja. Allí comprábamos unas pesetas de pipas, en el establecimiento de «Horchata» y, normalmente, desandábamos el camino hasta el jardín, un par de vueltas y otra vez a la plaza Vieja.

En el centro de esta plaza, aquel domingo, tocaba la Banda de Música Municipal. Zarzuelas, pasodobles, vals, marchas, etc. Me gustaba mucho escuchar esas notas tan alegres que llenaban todos los rincones, además del olor característico de la plaza que estaba rodeada de terrazas con muchísimas tapas y repleta de gente. Recordábamos que, unos años antes, cuando estaba el «Templete» de Música, nos dedicábamos a coleccionar los tapones de todas las bebidas que andaban por el suelo, entre risas, al ver que había niños haciendo lo mismo en aquel momento.

Alrededor de las nueve y media acompañábamos a las chicas a sus casas y luego nos despedíamos los chicos para ir a cenar y a la cama. Eso era, generalmente, un domingo feliz, que realmente lo era. No teníamos grandes pretensiones que no fuesen reírnos, estar juntos y, cuando queríamos ponernos tristes, pensar en el instituto, pero respecto a lo que haríamos en el futuro nadie lo teníamos pensado. En unos meses empezaríamos el COU y ya tendríamos que escoger algunas asignaturas, como matemáticas comunes o especiales para los de ciencias, como era mi caso, pero, como se dice, «Dios proveerá».

Al día siguiente, alrededor de las ocho y cuarto, después de rellenar de pienso los comederos de los cerdos de «cebo» y el obligatorio paso por la ducha y piscina tomo la cartera y me dispongo a salir para clase cuando mi madre me trae el bocadillo, ¿de qué sería?

—De jamón, estoy harto de los bocadillos de Jamón, a ver si me los haces de caballa o de atún...

—El jamón es mejor y está buenísimo —me contestó mi madre, que siempre tenía cuatro o cinco jamones colgados.

La granja estaba a 400 metros de las primeras casas y el instituto estaba a la salida del pueblo, justo en la otra punta, en total 3 km en línea recta, pero yo iba callejeando y recogiendo compañeros que vivían por donde yo pasaba.

Llegamos con buena hora, de forma que nos fumamos un cigarro antes de entrar en un jardincito que hay en la entrada. A la vista del hermoso día que hacía, un compañero y yo decidimos irnos a coger almendras de los árboles, en vez de entrar en clase. En esas fechas las almendras estaban verdes, pero a nosotros nos gustaban, aunque, a veces, «aligeraran el estómago». A las 10:00 nos dirigimos a una casita pequeña, que estaba a 100 m, donde la señora Virtudes abría una pequeña cantina en la que preparaba bocadillos y bebidas para la hora del «recreo» y la mantenía abierta hasta el mediodía disponiendo de un futbolín, con los colores del Madrid y el Barcelona. Nos echamos unas partidas en espera que vinieran los compañeros. Cuando llegaron, lo primero que hice fue cambiarle a uno el bocadillo de caballa, que acababa de comprar por el mío.

A la tercera clase decidimos entrar. Cuando entrábamos en el *hall*, me llamó uno de los bedeles para que fuese a hablar con el director. «¡Ya me la ha liado mi madre, otra vez!», pensé. Acompañado del bedel nos dirigimos al despacho del director, que tenía amistad con mi familia, sobre todo con mi madre, que algunas veces lo llamaba por teléfono, como debió ocurrir aquel día.

—Buenos días, D. Ángel —me presenté.

Levantó la cabeza de la mesa atiborrada de papeles, algunos eran «sábanas» de metro, donde imaginé que habría calificaciones y, con su sonrisa beatífica, me «soltó»:

—Me ha llamado tu madre y hemos comprobado que no has asistido a las primeras clases, de lo cual la he informado. También le he comentado que el curso prácticamente ha finalizado y ya tengo todas las notas, pendientes de transcribir a la libreta de calificaciones. Te puedo adelantar que has suspendido tres asignaturas, que tendrás que recuperar en septiembre (Matemáticas, Física y Filosofía). Todas con suspenso superior a 4. Creo que el problema no son tus conocimientos, aunque escasos, sino tu actitud. Al parecer, no te tomas esto en serio. Tu madre me ha preguntado acerca de la posibilidad que dejes de venir a clase, aunque faltan diez

días para acabar el curso, a lo que le he dicho que no hay ningún tipo de problema. Aunque así es que pásate alrededor del día 15 a recoger las notas y ya nos veremos en septiembre —despidiéndome.

Salí del despacho cabizbajo y bastante desazonado. No me quería ir sin pasar por clase para despedirme de mis compañeros de curso, ya que algunos eran de fuera y estudiaban como «internos» durmiendo y comiendo en instalaciones del centro y al acabar el curso se volverían a sus lugares de origen. Me volví a los jardines para «hacer tiempo» hasta que acabase la clase y poder entrar en el aula.

Mientras estaba deambulando por allí, no dejaba de pensar que podría haber aprobado todo sin demasiado esfuerzo, pero ya estaba hecho y no había remedio. Por otra parte, me quedaba lo peor: enfrentarme con mi madre, eso iba a ser de «órdago a la grande». Con el genio que sacaba, con razón, seguro que ya me tenía preparado algo, pesando que le había dicho a D. Ángel que faltaría el resto del curso... Imagino que no sería para enviarme de vacaciones a Tarragona, como el verano pasado, aunque fuese con la obligación de estudiar tres o cuatro horas al día, que allí mi tío Emilio me las hacía cumplir a golpe de reloj. Ya la tenía casi convencida, pero como había sobrevenido esto, no creo, pero bueno ya veremos...

Acabó la tercera clase y fui al aula para despedirme de unos y quedar con los de la pandilla para la tarde, si es que mi madre no me mataba...

Alrededor de las 12:00, ya cerca de casa, paré en el Almacén de Abonos de mi amigo Pedro, que tenía veintidós años y nos teníamos mucho aprecio. Casi siempre que estaba con él nos hablábamos en francés. Me había ayudado mucho con el idioma. Durante el invierno, en algunas ocasiones, descargaba camiones de abono y me pagaba a duro el saco si eran de 50 kilos —por supuesto faltando a clase—. Para mí, era muchísimo dinero, ya que ganaba alrededor de 400 duros por camión —2000 pesetas—, habida cuenta que el «sueldo» que nos daban nuestros padres a la gente de la pandilla era de 15 pts. semanales y yo, por supuesto, me sentía como el «rey del mambo» con ese dineral.

—*Bonjour Tomás. Comment ça va?* —me saludó.

—Me va jodido, Perico... —le expliqué brevemente.

—Pues anda, vete para casa lo antes posible y que la bronca te sea leve... —me dijo en la puerta, mientras yo retomaba el camino.

Para que no me viesan llegar con antelación, seguí andando, medio tapado por la vía del tren, hasta que crucé por las inmediaciones de la

piscina. Dejé la cartera, con los libros, al pie de un chopo muy grande que teníamos en la cabecera de la piscina y vi a tres chicas, que estaban tomando el sol, que venían casi todos los días. De mi madre ni rastro.

Cuando entré en la vivienda, mi madre estaba hablando por teléfono, por lo que me puse cómodo, después de coger un batido de chocolate, para que me ayudase a «pasar el trago» y esperé a que acabase.

Colgó.

—¿No tienes vergüenza? —me soltó—. Aquí toda la familia trabajando como burros para que tu tengas un buen futuro... y tú jugando al fútbolín en casa de la Virtudes... ¡No tienes perdón de Dios! Todos tus amigos del barrio se pusieron a trabajar con los albañiles con once o doce años (entraban como peones y luego iban aprendiendo el oficio hasta hacerse oficiales, con dieciocho o veinte años. Tenía razón mi madre; de los amigos de los dos barrios cercanos a casa solamente yo continué estudiando). Tu padre y yo sacrificados para que tu pierdas el tiempo. Pero esto ya se acabó. Mañana empiezas a coger lentejas con mi amiga Constanza, que han empezado hoy. Vas a saber lo que es trabajar y a valorar lo que tienes, majadero —y se marchó a seguir haciendo sus cosas.

No pude abrir la boca ni para dar un trago al batido.

«Bueeen», pensé, «ya se va pasando el temporal», aunque así es que decidí darme un baño, mientras llegaba la hora de comer. Armado de bañador y toalla voy a la piscina donde continuaban las tres chicas, achicharrándose al sol y dos chicos del centro del pueblo que hablaban con mi madre. Como no había nadie en el agua, los patos y las ocas estaban en sendas esquinas plácidamente. Yo me metí, despacio, por la escalera para no hacer mucho ruido —aprovechando que el agua no estaba demasiado fría ya que llevaba más de treinta horas calentándose con el sol de junio, que en esa época genera temperaturas superiores a cuarenta grados—. Me dirigí, buceando, al rincón de las ocas para sumergirlas agarrándolas por las patas. Era divertido ya que cuando se daban cuenta, yo estaba cerca y huían buceando, pero yo las pillaba bajo el agua y cuando podían se iban de la piscina. Los patos, en vez de bucear, nadaban muy rápido por la superficie, ayudándose con las alas y a esos ya no los pillaba. Estuve nadando y pensando en lo de las lentejas. La verdad es que la historia no tenía muy buena pinta. Yo había visto a las cuadrillas que iban a la recolección de la legumbre y me llamaba la atención la forma en que estaban vestidos. Llevaban pantalón largo

de tela bastante gorda, una especie de polaina, a modo de un manguito para cada pierna, botas, camisa, jersey, manguitos en los antebrazos, sombrero muy ancho de paja y, algunos, pañuelo en la cabeza o en la cara. Pensando en el calor que hacía no lo entendía, pero imaginé que sería la vestimenta idónea para la labor. En esas, llegó mi hermano Rafa —que tenía diez años— también con el bañador puesto.

—Chache, ha dicho mama que en diez minutos estemos en la mesa —él me llamaba normalmente «chache», que es una acepción típica de esta zona de «hermano mayor», aunque también «nene»—. Por cierto, que está muy seria...

—Ya te contaré, pero me han quedado tres...

Llegamos a la mesa, donde ya estaba mi padre cortando el pan, y nos dispusimos a comer, todos muy serios. Me preguntó mi padre por lo ocurrido, aunque a él ya se lo había contado mi madre, y yo se lo expliqué someramente.

—Bueno, hijo mío, como eres mal estudiante este verano vas a trabajar, para que sepas diferenciar una cosa de otra. Si no estudias tendrás que hacer el resto de tu vida lo que harás este verano y si estudias tendrás un futuro mejor y más cómodo. Tu madre había pensado que estudiaras químicas para colocarte en alguna de las bodegas del pueblo, como enólogo, pero si no lo haces tendrás que irte con los albañiles y esa será tu vida..., aunque este verano también estudiarás para aprobar las asignaturas que has suspendido, además de trabajar.

—Entonces, ¿aquello de irme a Tarragona? —tiré la piedra.

—Ni lo sueñes —saltó mi madre—. Cuando acaben las lentejas, trabajarás por la mañana y, por la tarde, te apuntaré a la academia de D. Celedonio para estudiar Matemáticas y Física. Al acabar la academia irás a aprender mecanografía. No se te va a ir el aire...

—Mama, yo creo que será mucho trabajo...

—Haber estudiado más —sentenció—. Esta tarde tómatela libre y a partir de mañana pon «los huesos en punta» (expresión suya que quería decir «agárrate a los machos»). Yo te prepararé la ropa porque mañana a las seis y media tienes que estar en el cebadal...

Aquella tarde quedamos seis o siete, de la pandilla, en el jardín, donde tomamos tres Coca-colas, entre todos, y a alguien se le ocurrió que podríamos ir al Club Juvenil, en la calle Real. Allí estuvimos pasando la tarde entre bromas y risas y disfrutando de la música —intentando no

pensar en «mañana»— hasta que, a eso de las 21:00, decidí irme a casa, en previsión de la madrugada del día siguiente.

A las 05:30 me despertó mi madre, que ya se había ocupado de hacerme el Cola-caó con magdalenas y me dejó encima de la cama la ropa que me debería poner: una camisa de manga larga de franela, un pantalón de entretiempo, de mezcilla, calcetines de lana y unas botas Chirucas. En la estancia que hacía de *hall* de entrada me había preparado un sombrero de paja, un pañuelo oscuro —como el que usaban los labradores—, dos pares de guantes de goma gordos y otros de lana —por si quería ponerlos debajo de los de goma—, además de cuatro manguitos que me había hecho la tarde anterior, dos más delgados para los antebrazos y dos un poco más anchos para las piernas, de tela resistente parecida a la lona.

—Los guantes de goma se romperán, por los cardos, a media mañana. Si ves que hay muchos cardos utiliza debajo los de lana, para no arañarte las manos, que luego vienen las infecciones. No te quites el sombrero y utiliza el pañuelo, principalmente, debajo del sombrero para prevenir una insolación, aunque fíjate cómo va vestida la gente y copia de ellos...

Mientras terminaba de desayunar, mi madre continuó con las explicaciones:

—El campo al que vas es aquel que está al cruzar la carretera (a la salida de la granja) enfrente a unos trescientos metros. Saluda a la Constanza y ella ya te dirá por dónde empezar. Me dijo que a las diez paráis para almorzar, por ponerte pan fresco, ya te llevaré yo, hoy, el bocadillo.

—Procura que no sea de jamón, por favor...

—Bueno, ya veremos... Sobre todo, fíjate cómo procede el resto de la gente para recoger las lentejas.

Pues nada, tomo los bártulos y arranco para el sitio. Había que estar allí a las 06:30, aún tenía diez minutos y estaba muy cerca.

Crucé la carretera por la salida de la granja y desde allí ya vi un grupito de gente, de ocho o diez personas que charlaban animadamente en medio del campo. Mirando el campo de lentejas, nunca me había fijado yo en esa legumbre —fuera del puchero—, observé que no había ni un solo árbol, ni arbusto, que diera sombra.

—¿Dónde se cobijará la gente del sol? —me pregunté, ya llegando junto al grupo.

—Buenos días —saludé de forma general y dirigiéndome a Constanza le di un beso diciéndole:

—Ya estoy aquí, Constanza. Imagino que sabes que nunca he cogido lentejas.

Risas de la cuadrilla...

— Bueno, no te preocupes, de aquí a un ratito ya no podrás decir lo mismo.

Más risas...

—Vete terminando de vestir, que vamos a empezar ya. El horario es de sol a sol. Empezamos ahora cuando sale el sol (06:45) y acabamos al ponerse (21:45). A las diez almorzamos, cualquier cosa que preparará la ranchera, que hoy seré yo, durante media hora más o menos. Después continuaremos hasta la una. Tenemos dos horas para comer (también hacemos la comida) y comenzamos, de nuevo, a las tres. A las seis «fumamos un cigarro» y descansamos quince o veinte minutos. Luego seguimos hasta la puesta de sol. Como vives muy cerquita, si quieres, te puedes ir a casa a comer...

—Vale ya iremos viendo...

—Puedes dejar tus cosas en el «hato» —continuó, señalándome un montón de plantas de lentejas, ya cogidas, donde había dos cántaros y un botijo, así como montoncitos de ropa y sombreros de la gente—, de momento tampoco te hará falta el sombrero, hasta después del almuerzo.

El sol ya estaba despuntado. Se veía inmenso, como medio gajo de naranja. «Hoy va a apretar de lo lindo», pensé.

—Tomás ponte en este surco —dijo señalándome una de las filas de lentejas, mientras el resto de la cuadrilla se posicionaba en surcos similares al mío—. Venga todo el mundo a «doblar el lomo» —y esa fue la orden de salida...

Yo iba posicionado entre una señora, Manuela, y un señor, Paco —al que llamaban «el Cipámpano»—, ambos rondarían la treintena. Manuela miraba hacia adelante, al contrario que Paco que miraba hacia atrás. Yo decidí adoptar la postura de Manuela, por lo menos veía lo que me faltaba del interminable surco...

Me agaché y pensé: «Joder que bajas están estas dichosas matas».

Las matas de lentejas medían alrededor de un palmo, como máximo 30 cm, y además había que cogerlas por la parte baja para sacar toda la planta —si las cogías por arriba se deshojaban— por lo que tenías que ir muy agachado. Conforme se iban cogiendo, las depositabas en tu barriga, aguantándolas con una mano, mientras seguías cogiendo con

la otra. Conforme subías las lentejas también venía algún cardo, de esos que tienen unos pinchos de más de un centímetro —entonces entendí la utilidad de los guantes—, que, al apretarlo al cuerpo, junto con las matas cogidas te llegaba al alma.

Poco a poco fui llenando mi barriga de plantas, cardos y demás matojos raros, hasta que pensé dónde dejar aquello. Levanté la cabeza para ver lo que hacían los demás y me quedé acojonado. Iba el último, el que menos me llevaba estaba tres metros más adelantado. El primero iba el Cipámpano, muy sobrado y con mucha ventaja. Cogiendo las plantas al revés, sin mirar hacia adelante y andando de espaldas, con las dos manos. El montoncito de las ya recogidas lo llevaba rodando ayudado por sus pantorrillas. Iba como una moto.

—Tendré que probar así —pensé.

Como éramos diez, en el surco número cinco, se iban haciendo montones, donde cada uno depositaba el montoncito —después vería que llegaba un remolque tirado por una mula, que se llamaba «Imperial», y se llevaba todos los montones, posiblemente a una era para separar las lentejas del resto de la paja—.

A mí me pillaba a dos surcos de distancia. En fin, traté de recolectar con más rapidez, hasta que observé que la diferencia no aumentaba. Al arrancar las matas saltaba una pequeña nube de polvo que, al ir con la cabeza tan baja, te empezaba a molestar. Y así, poco a poco, fui cogiendo destreza en el arte de coger lentejas.

Cuando llevábamos tres cuartos de hora, y ya empezaban a doler los riñones, fui a dejar mi montoncito, aprovechando para enderezarme un poco, y vi que el Cipámpano había acabado su surco y estaba fumando un cigarro, en espera de la cuadrilla que también estaba llegando. A mí me faltaban alrededor de 30 metros y seguía siendo el último. Retomé el surco y al poquito me encontré que me habían quitado tres metros de mis lentejas. ¡Leche!, qué alegría, avancé con rapidez y más adelante me encontré con otra «ventana» de un par de metros. Posteriormente me enteré de que la Sra. Manuela se iba apiadando de mí y procuraba ayudarme un poco.

Alrededor de las nueve y media vino mi madre, con un bocadillo de casi una barra, envuelto en papel de periódico. Habló con Constanza, que estaba haciendo el almuerzo, en una sartén con patas, en el fuego, se rieron un poco y se fue levantándome la mano a distancia, a modo de despedida.

A las diez Constanza hizo sonar un cencerro grandote que tenía y todo el mundo dejó el surco y nos encaminamos a almorzar.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Manuela.

—Los riñones —dije mientras me quitaba los guantes, ya rotos por algún dedo.

—Bueno es solo el primer día, luego el cuerpo se hace y, poco a poco, cada día estás más habituado. Lo peor es el calor y el polvo.

—¿Cogiste tú de mi surco?

—Sé, se te veía un poco agobiado —sonrió—, pero no te preocupes que es normal, la primera vez y el primer día...

—El Sr. Paco va como un tiro.

—No te fijes demasiado en él. Fíjate en el grueso de la cuadrilla que vamos «a bloque». Él tiene mucha maña para esto.

Llegamos al sitio del almuerzo. En medio de unos surcos, ya cogidos, había unos rescoldos del fuego encima de los cuales estaba la sartén de pimientos fritos y encima de una caja de fruta, una fuente grande de tajadas de tocino de la parte de la papada. Aparecieron varios panes grandes de 1 kg y, por arte de magia, una bota de vino. Se posicionó todo el mundo en corro alrededor de la sartén de patas, cada uno con su navaja en la mano —todos llevaban su pequeña navaja para comer— pinchando los pimientos y apoyándolos encima del cantero de pan.

—Toma, el bocadillo que ha traído tu madre, pero si prefieres, arrímate al corro y come con nosotros —me dijo Constanza.

—Voy a ver de qué es el bocadillo —le contesté.

Era de mortadela con tomate, por lo que decidí comérmelo —sobre todo porque yo quizá no supiese comer como ellos—. La verdad que el bocadillo no estaba malo, y menos con el hambre que yo tenía, al menos no era de jamón de un dedo de gordo... En eso me llegó la bota de vino, que estaba pasando de mano en mano y cada cual le daba un traguito. Bebí y se la pasé al de mi derecha, un chico de 20 años, aproximadamente que se llamaba Antonio.

La charla era muy animada. Hablaban de los días que tardaríamos en terminar, estimándose en alrededor de doce, siempre que el tiempo nos lo permitiese. Algún chascarrillo, broma, etc.

Me acabé el bocadillo en un «santiamén» y Antonio me ofreció un trozo de pan con una tajada que le acepté con una sonrisa. Me comí la tajada a bocados —tendría que coger una navaja de casa— e inexorablemente se acercaba la hora de comenzar la faena. Sonó el cencerro —hora

de empezar—. Encendí un cigarro y me lo fui fumando hasta donde llevábamos el «tajo», mientras me ponía el pañuelo y el sombrero. El sol ya estaba «pegando» bien, posiblemente andaríamos ya en veintinueve o treinta grados... ¡Uf!... y quedaba todo el día por delante...

Reanudamos la faena y poco a poco iba tomando soltura. Ya llevaba, más o menos, el ritmo de la gente. Solo veía las lentejas, el polvillo de sacarlas y la parte frontal del sombrero, casi mejicano, con sus alas inmensas, pero tapaba, que era lo importante. A las doce se hizo un paro de cinco minutos, para fumar y enderezarnos un poco, que yo aproveché totalmente...

A la una estábamos terminando un surco, por lo que se decidió acabarlo antes de «dar de mano», cosa que ocurrió a la una y cuarto.

Sonó el cencerro.

Nos dirigimos todos al lugar de la comida, el mismo que el del almuerzo, donde ya estaba Constanza apartando la sartén con patatas «al montón».

—¿Qué tal, Tomás? ¿Te vas acostumbrando? —me preguntó.

—Bueno un poco sí. Imagino que lo peor son los primeros quince días... —me reí—. Si te parece me voy a casa y a las tres estoy de vuelta.

—Sí, no te preocupes, empezaremos a las tres y cuarto.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Hasta la tarde —me despedí del resto de la cuadrilla, encaminándome a casa.

Al llegar pensé que nunca me había dado cuenta de lo fresquita que era mi casa. Me dispuse a quitarme la ropa y lo más a mano que encontré fue un bañador ¡qué idea!

—Mama, mientras pones la mesa voy a darme un baño...

—Vale, pero no tardes.

En la piscina se encontraban, además de las tres chicas habituales, dos mamás con tres niños y mi amigo, Pepín, que también venía a menudo.

Me zambullí de cabeza sintiendo el placer del agua fresquita, después del calor, y el polvo, que había soportado aquella mañana. ¡Qué placer más inmenso! Nunca lo hubiese imaginado...

«Por la tarde avisaré, por si alguien de la cuadrilla, quiere venir a darse un baño, a la hora de comer», pensé.

Al poco salí del agua y estuve hablando un poco con Pepín, mientras se me secaba un poco el bañador, su familia tenía un restaurante famoso en el pueblo.

—¿Qué tal, Tomás? —me preguntó.

—Regular..., mis padres me han castigado a coger lentejas, porque me han quedado tres...

—Bueno no te quejes mucho que te lo mereces... JA, JA, JA, a mí me ponen a trabajar en el restaurante cuando saco malas notas. Y no veas como se llena la pila de platos y copas, que yo tengo que fregar, y eso que tengo el problema del brazo —tenía un brazo que no podía utilizar, posiblemente por secuelas de la poliomielitis, pero él tenía mucha maña con el otro, de hecho, nadaba muy bien (mi padre, al que le gustaba poner apodos, le llamaba «el Rano»).

—Me voy a comer, que tengo que volver pronto al tajo —me despedí.

Llegué a la casa. La mesa ya estaba puesta y estaban esperándome. Me puse una camisa fresquita —mi padre no toleraba que comiésemos con el torso desnudo— atacando mi plato de pollo estofado.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó mi padre.

—No va demasiado mal, lo peor es la velocidad que llevan que no me da tiempo para levantar cabeza, el polvo y, sobre todo, el calor...

—Hijo, tienes que aprovechar para pensar qué futuro quieres tener. Si trabajar así, o en un trabajo similar, o estudiar y hacerte un hombre de provecho...

—Ya... —intentando cambiar de conversación—. Mama, le voy a decir a la gente que, si quieren venir, a mediodía, a refrescarse un poco que aprovechen que estamos cerca, si no os importa

—No hay problema, pero que, antes de meterse en la piscina, se den un manguerazo... —asintiendo.

Terminamos de comer con las notas de las noticias, de Radio Nacional, de las dos y media —a mis padres les gustaba oír la radio mientras comíamos.

Me dirigí a la habitación para cambiarme de ropa. Mi madre le había quitado el polvo un poco. «La habría sacudido...», pensé

Una vez ataviado me fui, fumando un cigarro —en casa no se me permitía fumar y fuera tampoco, aunque solo era de «palabra»—, para el cebadal.

Llegué alrededor de las 3. La gente estaba descansando. La mayoría dormitaba debajo del remolque, tirados en el suelo, con el hato de cada uno, utilizado a modo de almohada. Alguno, que no cabía, se había preparado una pequeña sombra, apilando varios montones de lentejas, de forma que le cupiesen la cabeza y los hombros dentro.

El sol estaba justo encima, seguro que estábamos a más de cuarenta grados, no había viento ninguno y sentía una sensación de «fogata» que me molestaba hasta respirar.

Al poco comenzaron a removerse, mientras yo encendía otro cigarro y terminaba de prepararme. ¡¡¡TOLÓN, TOLÓN!!!, sonó el cencerro.

—Todo el mundo al tajo —gritó Constanza.

—¡Joer! Que suerte tiene el estudiante, que viene bañado y fresquito al tajo —exclamó el Cipámpano.

Risas de unos y otros...

—Me ha dicho mi madre que, si alguien quiere aprovechar para darse un «refrescón» a mediodía, que venga. El que quiera que se traiga un bañador y se cambia en los vestuarios, que también hay de chicas... —ofrecí.

—A lo mejor mañana aprovecho —me dijo Antonio.

—Pues hazlo —le contesté.

Ya habíamos llegado al nuevo surco. El Cipámpano ya había arrancado como un loco. Decidí coger como él para probar. De culo a las lentejas se obtenía mayor velocidad, ya que se podían utilizar ambas manos para recolectar y como llevaba unas buenas polainas, con las pantorrillas iba haciendo rodar el montoncito de lentejas cogidas. Alguna vez algún cardo grande te pinchaba una pierna, pero valía la pena... Hacía tanto calor que se podría freír un huevo en mi espalda, pero la ropa, en vez de dar calor, te mantenía un poco más fresco, habida cuenta que el sudor también refrigeraba.

Después de varias visitas al botijo —que era un recipiente de barro cocido, con un asa y dos agujeros, uno grande, del tamaño de una moneda (que es la boca, por la que se introduce el agua) y el otro, llamado «pitorro», que es de un diámetro de medio centímetro por el cual sale el agua cuando se levanta, e inclina un poco, para beber «a chorro» sin tocar. El botijo tiene la propiedad de enfriar más el agua cuanto más calor haga, debido a los microporos que forma el barro cocido— llegamos al «cigarro» de las 18:00. Al calor casi me acostumbraba, pero me dolía todo el cuerpo, principalmente los riñones, pero todo el mundo me decía que en un par de días las molestias irían a menos...

Alrededor de las 21:30 acabamos un surco y Constanza decidió que «diéramos de mano» cuando el sol estaba a punto de tocar el horizonte. Nos despedimos todos y, como dice el refrán, «cada mochuelo a su

olivo», mientras que la gente se iba para el pueblo, que estaba a 400 metros.

Llegué a casa, tomé el bañador y me di un baño en el que estuve más de quince minutos «haciendo el muerto». El agua estaba perfecta, después de estar calentándose durante todo el día, y yo, que había barajado la posibilidad de ir a dar una vuelta por el pueblo, desistí. Cené con la familia y a eso de las 23:00 ya estaba en cama, donde caí «muerto» pese al dolor de espalda y de manos.

A las 05:45 del día siguiente me llamó mi madre. Cuando me levanté temí no poder aguantarme de pie. Los dolores eran grandísimos, por todo el cuerpo, me dolían hasta «las zapatillas». Increíble. Me tomé un vaso de agua con mucha azúcar, para las agujetas, y después de coger una navajita, desayuné. A las 06:30 ya estaba camino del cebadal, esperando oír el cencerro...

A partir de aquí me fui acoplando a la rutina del trabajo. Aquel día Antonio se vino a bañar después de comer. En días posteriores fueron viniendo algunos más y yo cada vez intervenía más en las bromas y chismorreos de la cuadrilla. El trabajo era duro, pero el ambiente simpático, lo que hacía que se olvidasen, un poco, las penurias y yo aprendí a comer con la navaja. Después de bañarnos, mi madre nos preparaba un café con hielo antes de salir para el tajo...

Y así fueron pasando los días, hasta que el día 15 en que, alrededor de mediodía, se acabaron las lentejas. Había trabajado doce días y casi medio. Nos despedimos, entre todos, habiéndose creado una corriente de simpatía general.

Mientras caminaba para casa tenía sensaciones encontradas, por una parte, sentía un poco de vergüenza por haber sido un golfo durante el año de estudios, pensando en el sacrificio de mis padres, y, por otro, alegría por haber acabado un trabajo, en el que conocí a un grupo variopinto de personas, con tan buenas sensaciones...

Previo paso por la piscina, a las dos me dirigí a comer. Faltaba mi hermano, que había estado poniendo «hierro» a una camada de lechones, para fortalecerlos, pero se incorporó a la mesa en breve.

—Me ha dicho madre que ya habéis acabado las lentejas. ¿Qué tal ha ido? —dijo mi padre, dirigiéndose a mí.

—Quitando los primeros días, que fueron horribles, poco a poco me fui acostumbrando. Ya iba con la cuadrilla y hasta me daba tiempo, de vez en cuando, a enderezarme. Al final bien y la gente estupenda.

—Me alegro. Hoy disfruta del domingo, hijo, que creo que tu madre ya te tiene preparada la agenda de mañana... —me dijo entre risas.

—¿Agenda? —inquirí a mi madre.

—Sí. Este verano tienes que estar ocupado. No es por castigo, que también, es para que tu veas lo que es la vida de un trabajador normal y, sabiendo lo que es el trabajo, tengas capacidad de decidir si quieres empezar a trabajar o seguir estudiando. He hablado con Ildefonso Perales, el hermano de tu amigo Rafael (mi íntimo amigo), que ya sabes que es maestro albañil y vas a trabajar con él todas las mañanas. Por la tarde irás a la academia de D. Celedonio de 16:00 a 18:00 para recuperar las matemáticas y la física. Cuando acabes irás a aprender mecanografía, a la academia de D.^a Margarita, de 18:30 y 19:30. Ya he hablado con todos.

—Pues vaya verano que me has dejado...

—Pasa esta tarde por casa de los Perales y queda con Ildefonso para ver a qué hora tienes que estar y donde —me ordenó.

—Vale —me resigné.

Alrededor de las 16:00, una vez vestido —y con 25 pts. en el bolsillo— me dirigí a casa de Rafael, que vivía a 200 m de casa. Me abrió él la puerta, saludé a sus padres, que estaban viendo la televisión, junto a sus hermanos Mari y Roberto. Al poco Rafael y yo nos subimos a un altillo, al que llamábamos «cámara», donde nos gustaba estar. En la cámara, muchas veces, leíamos tebeos de «Pumby», que coleccionaba Mari y los tenía muy ordenaditos, por número, en un cajón. Cuando se los desordenábamos se enfadaba y nos los quitaba...

—¿Y tu hermano Ildefonso? —le pregunté.

—Pues ahora está echándose la siesta. Estará a punto de ducharse. ¿Por qué? —preguntó y le expliqué los planes de mi madre.

Rafael llevaba ya unos años trabajando con su hermano.

—Bueno, no creas que es tan malo. A todo te acostumbras. Fíjate como te ha ido con las lentejas —Rafael había venido a casa un par de veces, por la noche y sabía de mi experiencia en el campo— al principio estabas muy «quemado» pero luego ya no lo llevaste tan mal. El trabajo de albañil a veces es duro, pero no tiene comparación con las lentejas...

—A ver...

Al rato oímos a Ildefonso por abajo y fuimos a hablar con él.

—¡Hombre! Mira quien hay aquí —exclamó al verme—. Ayer hablé con tu madre y me dijo que mañana empiezas con nosotros...

—Sí. A eso venía, para que me dijeras a qué hora y donde ir.

—He pensado que podrías ir, de peón, con Inocencio, el hermano de vuestro amigo Gerardo. Inocencio está ahora restaurando una vaquería, en la calle Veleta Virgen. Empezáis a las 07:30 y tu estarás hasta las 13:30. Luego por la tarde él se queda solo, como está hasta ahora.

—De acuerdo —convine—, mañana a 07:30. Gracias, Ildefonso... Y así quedamos.

Alrededor de las 18:00, Rafael y yo, pasamos a recoger a nuestro otro amigo, Gerardo, que vivía al lado, y nos fuimos a dar una vuelta por el centro.

Cuando llegamos al jardinillo había anunciada una actuación de varios humoristas, que comenzaba a las 19:30, por lo que decidimos dar una vuelta por el «tontódromo» —como habitualmente llamábamos a la ruta desde el jardín, por la calle de la Plaza, a la plaza Vieja y vuelta al jardín por el mismo camino—. Como vimos mucha animación, decidimos no tardar mucho en volver al jardín para coger mesa en la terraza del bar —normalmente yo no me sentaba porque había que consumir, y mi economía era muy «frojita», pero como Rafael y Gerardo trabajaban, siempre llevaban bastante dinero (hacían «chapuzas», que consistía en trabajar sábados y domingos por la mañana quedándose ellos ese dinero, entregando el resto de la semana para sus casas)—. Pedimos unas Coca-colas y estuvimos allí hasta que acabaron las actuaciones.

Luego me invitaron a tomar un montadito de lomo, en el mesón de «el Vasco» y nos fuimos yendo para casa. Estuvimos un rato paseando por nuestro barrio parando en los diversos grupitos de vecinos que estaban «tomando el fresco» —en aquella época, como durante el día hacía mucho calor, por las noches la gente salía a su puerta para disfrutar del fresquito y hablar con (y de) los vecinos—.

A eso de las 23:00 nos separamos, que mañana había que madrugar, pensando yo en cómo me vendría mi próximo trabajo de albañil.

Al día siguiente, después de desayunar y vestirme —con un pantalón corto, un polo y unas zapatillas— cogí la bicicleta y me fui para la obra.

Llegué a las 07:25 a la casa, disponiéndome a esperar hasta las 07:30. Al poquito llegó Inocencio, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya me dijo Ildefonso que ibas a venir conmigo por las mañanas, por lo menos hasta la feria (que era el 15 de agosto) —me dijo.

—Pues sabes tú más que yo. No me dijo mi madre que era por dos meses. Bueno, tampoco es tanto tiempo —contesté.

—Bah. No te preocupes que yo te iré explicando lo que tienes que hacer. Tú me irás ayudando en cosas que hagan que mi trabajo sea más rápido y efectivo, por ejemplo, si yo no tengo que hacer una masa, porque la haces tú, yo pongo más ladrillos...

—Vale, tú me vas mandando y explicando.

Llamó al portón y nos abrió una señora rubia, bastante alta y fuerte —un poco gruesa—, que nos dio los buenos días y entró rápido para la vivienda.

Nos encontrábamos en un corral bastante amplio en el que estaban cuatro vacas amarradas a una pared. Según me comentó Inocencio en aquellos momentos estábamos haciéndoles un establo nuevo, más grande que el anterior.

—De momento estaba haciendo los «machones», ya tengo los cimientos hechos, ahora los tenemos que levantar para después poner las vigas y luego el techo, dejando para el final el tejado y las paredes del suelo. Tú te vas a dedicar a hacer la masa y, entre masa y masa me irás preparando, cuando tengas tiempo, un cimiento (con el pico) para luego levantar la pared exterior con bloques.

—Como no tenemos hormigonera —continuó—, la masa, también llamada mortero, la hacemos en el suelo. Hay que echar cuatro espuestas (recipiente de goma que se tomaba como medida. Estas no eran muy grandes) de arena fina (de sendos montones que habían, más gorda o más fina), cuatro espuestas de cemento y el agua suficiente para que se pueda trabajar con la masa.

Se echaba la arena extendida por el suelo, encima se echaba el cemento, también extendido por encima y luego se mezclaban ambos condimentos. Cuando la mezcla era homogénea se amontonaba todo, con una batidera —o legona— para luego abrirla y dejarla similar a un volcán, por cuya abertura se echaba agua, que se iba mezclando con la arena y el cemento. Poco a poco se iban subiendo, lo que serían las laderas, hasta cubrir el agua. Posteriormente se removía, con la batidera, hasta conseguir una pasta homogénea que se pudiese pegar a los ladrillos y poder unirlos unos a otros formando una pared o lo que fuera.

Inocencio ya había preparado un montón de ladrillos, de un tipo más resistente que los habituales, y los tenía mojados —para que la masa hiciese cuerpo—. Armado con la paleta catalana —una paleta con el rabo un poco más alto— me dijo:

—Vete trayéndome calderos (unos cubos metálicos) de masa aquí, al pie del machón, y que no me falten. Yo no debo parar. También me tienes que ir sirviendo ladrillos mojados de aquel montón.

—De acuerdo, yo llevo masa y ladrillos.

—Cuando veas que hay poca masa preparas otra nueva al lado.

Y así empezamos a funcionar. Yo fui «cogiendo el aire» al trabajo y el primer machón comenzó a subir.

A media mañana dijo de parar para tomar el bocadillo.

A mí no se me había ocurrido lo del bocadillo. «¡Joder!», pensé.

Él se dio cuenta y sonrió...

—¿La Carmen no te ha echado bocadillo?

—La verdad es que no se nos ocurrió, pero siempre aguantaré.

—No te preocupes, partimos el mío que es grande y además tengo dos manzanas —dijo compartiendo el suyo conmigo, mientras sacaba de su bolsa una botella de vino blanco con una caña hueca en la boca, a modo de «redoma», de forma que se bebía «a chorro».

Con charla animada estuvimos almorzando y riéndonos al acordarme que un día había ido a buscar a su hermano Gerardo y su madre dijo que, si quería salir, teníamos que traer quince saltamontes para que comiesen los perdigones —cría de perdices que tenía enjauladas en casa—. Armados con sendas botellas de plástico y un palo acoplado por la boca nos tuvimos que ir al campo a matar saltamontes... En esas estábamos cuando vino la hija de la señora —una niña un poco más joven que yo, imagino que un año, también rubia y con faldita muy corta— a traernos dos vasos de leche fresca.

—Me ha dicho mi madre que os traiga esto —dijo.

—Muchas gracias —contestamos ambos.

Y se fue para la vivienda. Nosotros nos quedamos mirando, el uno al otro, como pensando ¡joder, que cortita!, para acabar riendo, mientras nos salía a ambos un bigote blanco...

Y esa fue mi primera mañana. Sirviendo, en lo que necesitase Inocencio, mientras él hizo dos, de los cuatro machones necesarios. La verdad es que era rápido y no paraba. Cuando no me faltaba una cosa, tenía que estar preparando la siguiente, pero el trabajo era ameno y, de vez en cuando, Inocencio, con rostro serio, decía alguna tontería que nos hacía reír.

A las dos menos cuarto ya estaba bañándome en la piscina, pensando que a las cuatro tendría que estar en la academia de D. Celedonio, en el centro del pueblo.

Comí y a las cuatro menos diez ya estaba en la academia, que aún estaba cerrada. Llegó un compañero, que era de 5.º de Bachiller y al poquito D. Celedonio, que ya me conocía por haber ido allí en cursos anteriores.

—Hola, Tomás —me saludó—. Me dijo tu madre que vendrías todo el verano. Matemáticas las daré yo y Física, de 5 a 6, D. José Olivares (que era un Sr. bastante mayor, licenciado en Física y Matemáticas).

—Sí, señor —contesté.

Ocupamos el aula y a la hora en punto comenzamos. Habían llegado cuatro compañeros más, de 5.º y 6.º de bachiller.

—Como llevamos un par de semanas vamos a continuar con la resolución de triángulos y luego con trigonometría. Antes de empezar a derivar, dividiremos el grupo en dos, los de 5.º y los de 6.º para dar las materias más específicas de cada uno de los programas. Cuando acabemos con las integrales, para los de 6.º, volveremos a empezar las materias del principio.

Y así comenzamos con la resolución de triángulos rectángulos...

En la segunda hora pasaba igual, que ya habían comenzado, y yo empecé a partir de los problemas de rozamiento...

Cuando acabó la segunda clase, dejé los libros debajo del pupitre y me dirigí a la academia de mecanografía de D.^a Margarita. Estaba a cinco minutos andando, por lo que fui despacio, pensando en lo que habíamos dado. Cuando llegué, vi que había bastantes compañeros del instituto. En aquella época era importante aprender a escribir a máquina, ya que para trabajar en cualquier oficina era materia necesaria.

Entré en el aula, que disponía de una veintena de máquinas de escribir situadas en mesas distribuidas pegadas a la pared, dejando libre el centro de la clase. La única mesa que había en el centro estaba al fondo, ocupada por una Sra. de gesto serio y unas pequeñas gafas de leer.

—Buenas tardes, señora, soy Tomás Castañeda. Creo que mi madre habló con Vd. la semana pasada para incorporarme hoy a clase.

—Sí, ya te estaba esperando. Según me dijo es la primera vez que vienes a mecanografía...

—Sí, nunca he venido —contesté.

—Te explico. Aquí utilizamos un método, que consta de tres libros, por el que tú debes aprender a escribir a máquina utilizando los diez dedos, sin mirar el teclado. Tú comenzarás por el libro núm. 1 con el que te ejercitarás para conocer dónde está cada letra y con qué dedo debes

pulsarla. Luego —previo examen— pasarás al segundo libro. En el ya copiarás textos y posteriormente pasarás al tercero en el que aprenderás las diferentes formas de escribir cartas, encabezados, etc.

Tomó un libro rojo, en el que indicaba Método N.º 1 y me lo entregó indicándome:

—Ocupa la máquina de aquella esquina (la última de la izquierda) a continuación de aquella chica, que se llama Paquita. Folios tienes al lado de la máquina.

—Muchas gracias —le dije, a modo de despedida y me dirigí a la máquina indicada.

Al llegar al sitio observé que Paquita escribía muy rápido y mirando para todos lados. Estaba escribiendo una carta. Yo no la conocía —ni de vista—, por lo que cuando me miró la saludé:

—Hola, Paquita, soy Tomás y es el primer día que vengo a esto...

—Hola, llámame Paqui. Encantada. No te preocupes, cuando llesves un ratito ya le irás cogiendo la onda. En principio te tienes que poner cómodo y con la espalda lo más recta posible para que no te duelan los riñones...

«Joder, lo que les faltaban a mis riñones, después de las lentejas», pensé.

—Si quieres te ayudo a meter el folio y te cuento lo de la barra espaciadora y el cambio de renglón...

—Sí, Paqui, por favor —pedí.

Me introdujo el folio en el carro y me explicó brevemente cómo funcionaba la máquina de escribir y lo que a ella se le ocurrió.

—Si necesitas algo me lo dices.

—De acuerdo, muchas gracias, Paqui.

Y empecé con lo primero que tenía que escribir, que era ASDFG y ÑLKJH...

Cuando acabó la clase, en la puerta, estuve hablando un ratito con Paqui. Tendría mi edad, con pelito corto y unos ojos oscuros y expresivos. De sonrisa fácil y un poco habladora. Después de preguntarme la edad, donde vivía, horóscopo y cosas similares me acompañó, porque le venía «al paso», hasta la plaza Vieja, donde yo me quedé por si veía a alguien de la pandilla y ella siguió para su casa.

Al poco vi a tres de mis buenos amigos sentados en un banco de la plaza. Enrique y los hermanos Miguel y Pedro, todos de la pandilla.

—Hombre Casta —se adelantó Enrique—. ¿Qué es de tu vida?

Yo llevaba sin verlos desde que empecé las lentejas, aunque con Enrique si había hablado por teléfono, un par de veces.

—Uf, vengo de la academia de D. Celedonio y de clase de mecanografía de D.^a Margarita —y les expliqué un poco el plan de vida que tenía.

—Tomás, tu madre es cojonuda, pero este verano te ha jorobado —dijo Pedro.

—Ya —dije—, pero, al menos, tengo libre desde ahora hasta las diez y media u once todos los días y los fines de semana también libre, si no tengo que ayudar a mi padre en la granja.

—Estábamos pensando en ir a la discoteca «Thonio's» a ver qué hay por allí —dijo Pedro.

—Pues estupendo, por mi encantado —dije, comenzando a cruzar la plaza.

La discoteca Thonio's estaba muy cerquita. Ese año había sido el primero que empezamos a ir —aunque aún no teníamos 16 años—, pero lo habíamos hecho en tres o cuatro ocasiones. Prácticamente era una prolongación del instituto ya que la mayoría de los clientes éramos compañeros.

Los fines de semana ya acudía gente que trabajaba, además de estudiantes, de todas formas, el ambiente era muy familiar ya que casi todos nos conocíamos...

Cuando entramos sonaba el «rock de la cárcel» y en la pista había solamente una pareja —Paco y Juani (hermana de mi amiga Jose)—, cada vez que sonaba un rock y salían a bailar la gente abandonaba la pista para observarles, bailaban de maravilla.

Nos sentamos y, al poco, fuimos a la barra. Unos chicos mayores nos habían aconsejado pedir «un medio» —algo menos de una copa de ginebra y una Coca-cola para cada dos—, que fue lo que pedimos. Una vez con los «medios» nos sentamos con un grupo de chicos y chicas del instituto y allí estuvimos hasta alrededor de las nueve y media, hora en que preferí ir yendo para casa.

Cuando llegué ya habían cenado, por lo que me hice un bocadillo de lomo adobado y me lo comí con un vasito de vino blanco —que eso si lo tenía autorizado— y luego un Cola-caó. Hablé un poquito con ellos, explicándoles cómo me había ido la tarde y como estaban viendo la televisión, alrededor de las once ya estaba en cama. Pensando en el giro inesperado que había dado mi vida me quedé profundamente dormido...

El martes 17 desperté un cuarto de hora antes que sonara el despertador —que lo había puesto para las seis y media—. Mi madre y hermano aún estaban en cama, pero mi padre ya estaba tomando un café y oyendo las noticias.

—Hola, padre. ¿Qué tal? —saludé.

—Muy bien. Hoy me he levantado a las cuatro porque tengo dos cerdas de parto y ya sabes que hay que estar atento para quitarles «el velo» (una tela que traían los cerditos recién paridos que les cubría la cabeza) para que no se asfixien. Han parido una ocho y la otra nueve. Todos bien.

—Pues yo voy a lavarme y desayunar, ya sabes que entro a las siete y media —dije yéndome al baño y pensando en no olvidar el bocadillo.

Desayuné —mi padre ya se había ido para la nave de las «madres»— y después miré para hacerme el bocadillo. El pan de casa era un pan de kilo, por lo que decidí pasar por la panadería, que a esas horas ya tenían pan. Corté salchichón del que había hecho mi madre en la matanza, que estaba buenísimo, cogí la bicicleta y me dirigí a la panadería, que estaba a doscientos metros, al cruzar la vía del tren.

—Hola, buenos días —saludé a la panadera, que era la madre de mi amigo Paquito.

—Hola, Tomás, ¡qué madrugador! —saludó con una sonrisa.

—Dame una barra abierta —pedí.

Sacó una barra, abriéndola con un cuchillo, mientras yo abría el paquete del salchichón y lo metía dentro del pan. Me lo envolvió y me fui a coger la bicicleta.

Llegué con un cuarto de hora de adelanto y decidí esperar a Inocencio en la puerta. Aquella mañana fue mucho más dinámica que la anterior, ya que le estaba «cogiendo el aire» al oficio y cada vez necesitaba menos indicaciones e Inocencio era muy agradable.

Por la tarde ya todo fue más rutinario. Acudí a la academia y posteriormente a mecanografía.

Alrededor de las 19:10, Paqui, la chica de «al lado», llamó a D.^a Margarita.

—Señorita, ya he acabado la carta que me pidió —dijo.

—Dámela que la vea y te da tiempo a escribir otra que se te ocurra —ordenó, yéndose hacia su mesa.

Paqui se quedó pensando que carta escribir, mientras yo seguía aporreando la máquina con POIUY y QWERT...

Encima de mí, en la esquina de ambas paredes, había una repisa en la que estaba una pequeña televisión —en blanco y negro—, con muy poquito volumen, a la que nadie hacía caso.

Paqui estaba mirando para arriba, pensando qué carta hacer, cuando en la tele salió un anuncio que animaba a los chicos a ser Especialista de la Armada con el eslogan: «MUCHACHO, LA MARINA TE LLAMA»...

—Ya está —dijo Paqui—. Voy a hacer una carta como si me fuera a la Marina. Escribió los datos en un folio y se dispuso a escribirla.

Como la carta tenía que ser todo lo real posible y en el ejército no se admitían mujeres, miró a su derecha y... allí estaba yo aporreando la máquina. «Pondré sus datos en la carta —pensaría— para que sea más real», se dijo empezando a hacerla.

—Tomás, ¿en qué número de calle vives? —me preguntó al rato.

—En el 1, ¿por qué?

—Ya te lo cuento después —terminó.

Cuando acabó la clase se la enseñó a D.^a Margarita, que le dio el visto bueno, y salió para la calle, donde yo estaba un poco «mosca» por aquella pregunta.

—Mira la carta que he hecho —me dijo, tendiéndome la carta.

Leí una carta, dirigida al Director de Reclutamiento y Dotaciones del Ministerio de Marina —en calle Montalbán 2, Madrid 14— por la que yo solicitaba el ingreso en la Armada como Marinero Especialista...

—Sí que está bien, pero ¿cómo se te ha ocurrido? —pregunté.

Ella me explicó entre risas que no se le había ocurrido otra cosa y con una sonrisa picaresca me dice:

—¿A que no te atreves a mandarla?

—Si pagas una cerveza en Thonio's, la mando —reté.

—Hecho —contestó.

Subimos por la calle de San Antón, donde estaba la academia, y desembocamos en la plaza Vieja, dirigiéndonos a un pequeño estanco, en el que compramos un sobre y un sello. Le pusimos la dirección y el remite en el mismo mostrador del estanco y al salir, en una esquina de la plaza, la metimos en un buzón de correos.

—¡Ale! A pagar la cerveza —dije entre risas.

Nos dirigimos a la discoteca, que estaba a dos minutos, por la calle Real, y entre risas le expliqué que yo era muy joven, aunque pareciese más mayor —gracias a lo que me permitían entrar en Thonio's—, pero para ir a hacer la mili aún era pronto.

Entramos y nos dirigimos a la barra donde nos sirvieron dos cervezas, que ella pagó religiosamente, yendo a sentarnos en unos sillones al lado de la pista.

—Y tú, ¿por dónde vives? —pregunté.

—Yo vivo cerca de tu casa, en el barrio de la Cruz de Piedra («la Cruz está a diez metros de mi casa» pensé), lo que pasa es que tú vives en la granja, que me he enterado, y por eso no hemos coincidido nunca (¡qué curiosas son algunas mujeres!, no ha tardado en documentarse...). Además, estoy estudiando Secretariado y tú vas al instituto —me explicó.

—Ahora lo entiendo —dije—, yo por casa casi nunca voy, excepto este tiempo de atrás que estuvimos haciendo guateques, hasta que se quejarían las vecinas a mi madre, y me quitó la llave de la casa. Aunque luego hicimos dos guateques más, entrando en casa por una ventana, quitando los junquillos de madera que sujetan los cristales. Al final lo dejamos, porque era un «coñazo» desarmar la ventana y entrar por ella, para después volver a armarla.

—¡Jo! —exclamó—. Qué bien lo tendríais que pasar...

—Sí. Fue una lástima. Teníamos el comedor con luces de colores, bola de discoteca y buena música. La gente que venía era la que anda por aquí..., pero llenábamos —reí—. Y sacaba unas pesetillas por las bebidas...

—¡Ostras! —exclamó mirando el reloj—. Son las diez menos veinte. Mis padres estarán preocupados. Me voy corriendo.

—Bueno, Paqui, la próxima la pagaré yo —le dije mientras ella trotaba hacia la puerta.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Y me quedé un poco más allí, con unos amigos —que aprovecharon para «tomarme el pelo» por la novia que me había «echado»—.

Al poco me fui para casa. Mientras andaba iba pensando en Paqui. La verdad es que era muy agradable y solícita, me caía bien y yo también a ella, seguro, pero no debería confundir las cosas, simplemente somos compañeros de clase y de ahí a cualquier otra consideración era una tontería...

Lo que sí era otra tontería es lo de la carta, ¡qué chorrada!, cuando llegase eso a la Marina lo tirarían a la papelera..., pero bueno había servido para pasar un ratito con Paqui muy agradable, con muchas risas que era lo más importante, tratar de ser feliz en aquel verano aciago

que me había preparado mi madre... Además, ¿quién sabe lo que nos depara el destino...? ¡Dios proveerá...! —sentenció.

Cuando llegué a casa ya habían cenado todos por lo que, después de hablar un poco con ellos —mientras mi madre me hacía un bocadillo de tortilla francesa—, me fui a comérmelo a la calle, con un vasito de vino, donde había una mesa baja con sillas y un par de hamacas. El cielo estaba limpio y esa noche había más estrellas que nunca, posiblemente porque aún no había luna. El «Camino de Santiago» —Vía Láctea— brillaba hasta, casi, molestar. ¡Qué sensación de Paz! Cuanto más mirabas, más estrellas se veían... ¿No estaría viendo las estrellas pensando en Paqui?... «Ya estoy pensando tonterías, voy al cola-cao y para cama», pensé.

A la mañana siguiente ya asumí la rutina de llevar el relleno y pasar a coger la barra de pan, que sorprendentemente me comía entera, hoy la pensaba rellenar de costillas adobadas.

Al llegar a la obra ya estaba allí Inocencio, que estaba hablando con Ildefonso Perales.

—¿Qué tal va el estudiante? —preguntaba Ildefonso.

—Bien. Me va sirviendo en lo que necesito y no se queja —rio—. Ahora, mientras yo compruebo las plomadas (para comprobar la verticalidad de los machones) él va a coger «la pluma» (señalando el pico, herramienta utilizada para picar zanjas) y empezará a hacer la zanja para los cimientos de la pared.

—Buenos días —saludé.

—¿Qué tal, Tomás, te acostumbras? —me preguntó Ildefonso.

—Bueno despacio, por lo menos sé hacer masa y llevar ladrillos... —contesté.

—Hoy creo que vas a aprender otra cosa... —dijo, dándome una palmada en la espalda, y riéndose mientras se iba yendo.

La historia del pico era peor que la de las lentejas. Entre el pico y el azadón me salieron vejigas en ambas manos. Le juré odio «de por vida» a aquellas herramientas infernales. Una de las veces el pico chocó con una piedra y casi no me dio tiempo a quitar el tobillo, aunque me rozó un poco. ¡Habría que tener cuidado!

Cuando llegué a casa, antes de comer, mi madre me curó las ampollas —muchas de las cuales ya estaban reventadas— con una crema —Cohortán— que utilizaba para casi todo y luego me vendó ambas manos.

El día continuó, sin pena ni gloria, hasta que, por la tarde, en la academia me encontré con un problema: tenía las palmas de las manos vendadas, para escribir era una molestia que se fue pasando al ratito —cuando se me fue arrugando la venda, amoldándose a la forma de escribir— y para la clase de mecanografía también fue una pequeña molestia, mitigada porque los dedos los tenía libres.

Al acabar mecanografía, le dije a Paqui:

—Lo prometido es deuda. Hoy pago yo las cervezas.

—Vale, pero tengo que estar en casa a las nueve y media.

—De acuerdo, faltan dos horas.

Y nos dirigimos a Thonio's, en animada charla acerca del ruido que había en clase con todas las máquinas clac-clac.

Al entrar fuimos directos a la barra, yo con mis diez pesetas preparadas, para pedir las cervezas. Nos fuimos a sentar cuando vi a parte de mi pandilla —Quique, Miguel, Pedro, María José y su hermana Esmeralda—, sentados en unos sofás. Nos hicimos sitio y les presenté a Paqui.

Pasamos un rato muy divertido recordando anécdotas del curso, como cuando simulamos secuestrar el perro, al profesor de dibujo, en el puente de la vía o cuando me echó de clase el profesor de física con la frase: «Que bonita es la primavera —dijo dirigiéndose a mí, que estaba mirando el jardín por la ventana— Anda, Casta, sal y mírala de cerca», recordaba mi amigo Enrique, entre risotadas.

A las nueve y veinticinco se despidió Paqui y nosotros nos quedamos un ratito más comentando lo agradable que era la chica.

Y así fue pasando el mes de junio, como siempre intentando pasarlo bien. El trabajo lo llevaba muy bien, sobre todo gracias a Inocencio, que era paciente, aunque bastante serio, pero por otra parte era muy agradable, aunque quiero pensar que yo también hacía el trabajo bastante bien...

Las academias eran lo que había sido mi vida hasta ahora, me explicaban cosas que yo recordaba —en la de D. Celedonio— y en la otra comencé a escribir palabras y textos pequeños. Al acabar la clase, muchas veces, Paqui se venía con nosotros en busca de la pandilla que, si no estaban por el tontódromo, estaban en Thonio's.

El sábado 28 a la hora de comer me dijo mi madre:

—Tomás vamos a hacer un trato. Los sábados, domingos y en la feria, vas a estudiar tres horas porque tendrás que repasar lo que has estudiado en la academia durante la semana anterior, además de la filosofía.

—¿Y dónde está el trato? —pregunté, pensando que ya había hablado con D. Celedonio

—El trato es que te daré un tercio de lo que vayas ganando, incluidas las lentejas, para que tengas dinero para la feria. Ayer vino la Constanza y te pagó doce días y medio a 500 pts. el día. Total 6.250 pts., de las cuales a ti te corresponden 2.083 y el resto para la casa. Por otra parte —continuó—, Ildefonso te pagará 30 pts. por cada mañana que eches las seis horas. Imagino que te pagará el lunes o el martes.

—Pues me parece bien —aseguré contentísimo, ya que no contaba con nada (como era la costumbre, de los chicos que trabajaban, de entregar en casa la totalidad del sueldo).

—Vale, pues toma esta cajita fuerte para que tengas ahí tu dinero —dijo, tendiéndome una caja metálica, con llave, de color burdeos.

—Pero hoy ya cuenta, que es sábado —terminó.

Aquel fin de semana me lo pasé en grande, aunque no llevaba mucho dinero, pero sí el suficiente.

El martes día 15 de Julio, durante la comida, me dijo mi madre:

—Me ha llamado nuestra vecina Encarna para que vayamos a recoger unas cartas que tiene para nosotros. La última es «rara» según le ha dicho el cartero.

El cartero le daba a nuestra vecina de enfrente de casa toda la correspondencia por indicación nuestra.

—Vale, ya procuraré pasar antes de ir a clase —acepté.

—Ya que vas a estar por allí, date una vuelta por la casa para ver que todo está normal. Acuérdate de llevarte la llave —dijo.

—¿Para siempre? —pregunté con malicia, pensando en los guateques.

—¡No! —exclamó entre risas—, esta noche me la devuelves.

Me fui a las tres y cuarto camino de casa de Encarna. Cuando llegué, y me abrió la puerta, lo primero que hizo fue darme un mordisco en la mejilla —me lo hacía desde siempre, pero yo había pensado que, a estas alturas, ya no me lo haría—. Cuando pude escapar del abrazo le pregunté por la correspondencia.

—Tengo tres cartas. Una del banco, otra de la luz y otra de la Marina. Como el cartero me dijo que podría ser importante avisé a tu madre.

—Bueno, pues dámelas que me voy a clase —le apremié.

Salió con las cartas y mientras las recogía le dije, a modo de despedida:

—Bueno Encarna, voy a dar una vuelta por la casa y me voy corriendo, que ya son las cuatro menos diez...

Mientras abría la puerta me corroía la curiosidad por saber lo que me decía la carta. Nada más entrar en casa había un patio. Ya no pasé más. Me senté en una silla y abrí la carta.

Tenía el membrete del Ministerio de Marina y me informaban que no podía acceder a la escala de Especialistas de la Armada por no tener los necesarios 16 años. La carta estaba firmada por el Excmo. Sr. Almirante Jefe de Personal.

«Pues ya está», pensé; era lo esperado. De todas formas, había sido una especie de broma que provocó tener trato con Paqui. Eso ha estado bien.

Di una vuelta por la casa y, ante la normalidad, cerré las puertas y me encaminé a la academia de D. Celedonio, a la que llegué con la clase empezada.

Mientras me miraba, con ojos severos, me senté, abrí la libreta y me metí con el teorema de los senos, que era lo que estaban empezando a dar.

Después, continuando con la rutina, me fui para mecanografía. Cuando acabó la clase, Paqui me estaba esperando en la puerta.

—¿Qué tal, Paqui?

—Muy bien. Has estado muy callado esta tarde...

—Posiblemente. La verdad es que no sé por qué, pero estoy bien. Por cierto, ¿te apetece tomar algo en el jardín? —la invité, aprovechando que tenía dinero «fresquito».

—Vale, así estoy más cerca de casa —aceptó.

Nos encaminamos para la plaza Vieja y, por el tontódromo, llegamos al jardín. Nos sentamos en una mesa y pedimos dos cervezas. Se estaba allí muy bien. Al ser casi las ocho de la tarde, la temperatura era muy agradable. No había mucha gente en las mesas, se oían los cantos de multitud de pájaros y, la verdad, es que la tarde era perfecta. Cuando nos sirvieron las cervezas saqué la carta del bolsillo y se la tendí.

—Mira lo que he recibido —dije.

La leyó y sonriendo me dijo:

—Bueno, era lo que habíamos pensado.

Asentí. Me la devolvió y la guardé, de nuevo, en el bolsillo. Luego la conversación derivó hacia lo que queríamos hacer cada uno. Ella quería terminar con el secretariado —aún le faltaba la taquigrafía— y colo-

carse en cualquier empresa del pueblo y yo pretendía aprobar las tres asignaturas pendientes, en septiembre, para encarar el COU, con vistas a estudiar químicas y colocarme en alguna de las muchas bodegas del pueblo —como pretendía mi madre—. No es que estuviese demasiado feliz con el futuro trazado, pero algo habría que hacer y las perspectivas no eran tan malas... La verdad es que algunas veces había pensado en que me gustaría trabajar y nunca hallaba una respuesta que me conviniese...

Alrededor de las nueve y cuarto decidimos irnos para casa, separándonos allí mismo, ya que saldríamos por puertas diferentes, ella por la Cruz de Piedra y yo por la plaza de Abastos, camino del Corredero y para la granja. Mientras caminaba me iba preguntando: «¿Por qué estoy desasosegado?». No había ninguna razón. La tarde había sido perfecta, la compañía superagradable, el jardinillo maravilloso —siempre me ha gustado muchísimo—, tengo suficiente dinero, muchos buenos amigos... No lo entiendo...

Al llegar a casa, e interesarse mi madre, le dije que era publicidad y le entregué las otras cartas —quitándole importancia al tema—. Cenamos todos juntos y alrededor de las once y media ya estaba en cama.

A partir de ese día el tiempo voló. Hice de mis quehaceres una rutina que solo variaba por las tardes, al acabar mecanografía. Paqui, algunos días, venía conmigo. Yo me juntaba, entre semana con la pandilla y los fines de semana también con mis amigos Gerardo y Rafael. Íbamos con más frecuencia al jardinillo, ya que durante el mes de julio y agosto se celebraban allí los «veranos culturales» que consistía en traer actuaciones, bailes regionales —nacionales y extranjeros— pequeñas orquestas, cine de verano, actuaciones de la banda de música municipal, algún pianista, etc.

El jardín tenía un escenario grande, con una parra metálica muy grande por uno de los lados —a modo de enredadera—, en el que, a veces, se montaba una pantalla y se veían películas con un proyector. Tiene un gran patio de butacas, con pista de baile, y detrás están las mesas del bar. Había eventos hasta el 14 de agosto, que era cuando se inauguraba la feria. Entonces es cuando las actuaciones dejaban de ser gratuitas y traían figuras de primera línea, como Raphael, Manolo Escobar, Peret, Camilo Sesto, etc.

El miércoles, día 6 de agosto, vino mi abuela materna —Carmen— de Tarragona. Normalmente vivía con nosotros —en la granja o en casa— o

estaba con alguna de mis tías aquí en el pueblo, pero también le gustaba ir a visitar al resto de sus hijos, por lo que podría estar en Tarragona, Madrid, Valencia o en Messina (Sicilia). Donde se le ocurría. Mi padre, que le gustaba poner «motes» —sobrenombres—, la llamaba «liebre veredera» (por lo visto las liebres que vivían en las veredas no tenían sitio fijo).

Cuando llegué a comer, allí estaba mi abuela. Después de los saludos habituales le pregunté:

—¿Qué tal por Tarragona?

—Muy bien. Ya sabes lo tranquilo que es La Ampolla —un pueblito con mucho encanto situado en el Golfo de San Jorge, en la cara norte del delta del Ebro—. Este verano te estaban esperando, pero ya me ha contado tu madre...

—Sí, abuela, no veas la «cruz» que me ha metido —me quejé.

—Yo ya me quedaré por aquí todo el verano, aunque mañana me voy a Madrid a ver a la tía Victoria, pero un par de días... Si quieres hablo con tu madre a ver si te deja venir «para acompañarme» —rio.

—¡Ostras, abuela! Si me deja iré encantado —exclamé pensando en escapar de los albañiles y las clases. Además, necesitaba cambiar de aires, aunque fuese poco.

Pusimos la mesa, mi hermano Rafa y yo, y cuando llegó mi padre nos dispusimos a comer.

—Carmen —dijo mi abuela, mientras comíamos— mañana me voy a Madrid para ver a Victoria. Podrías dejar a Tomás que me acompañase, a fin de cuentas, son un par de días... Por otra parte, según me has dicho, se está portando bastante bien... —apuntilló.

—Madre, Tomás está trabajando con los albañiles y no puede faltar porque está de peón y su oficial necesitará de su ayuda... —razonó.

—Mama —dije— si quieres hablo con Ildefonso y se lo comento. Si le viene mal me olvido del tema, pero si no, me voy con la abuela. De todas formas, tú le habías dicho que trabajaría hasta la feria y solo faltan cuatro o cinco días laborables... —me defendí.

—Bueno, habla con Ildefonso y «ya veremos» —dijo.

«Eso era un “sí”, casi seguro», pensé.

Cuando terminamos de comer me fui, rápidamente, a la casa de los Perales para hablar con Ildefonso.

Llamé en la casa y me abrió Mari.

—Hola, Mari —saludé—, vengo a hablar con Ildefonso y con Rafa —le dije.

—Pasa, ahí los tienes repantingados en los sillones.

Entré y saludé a todos. Estaba, prácticamente, toda la familia, que habían terminado de comer.

—Hola, Tomás —me saludó Rafa—. ¿Qué haces por aquí a estas horas?

—Venía para hablar con Ildefonso

—Dime, Tomás. ¿Qué mosca te ha picado? —me dijo en tono jocoso.

—Mi abuela se va mañana a Madrid y me ha pedido acompañarla, pero mi madre me ha dicho que primero hable contigo por si te viene muy mal que deje de trabajar, a fin de cuentas, faltan pocos días para la feria...

—Bueno —pensando—, esa obra se está terminando y, la verdad, es que no quisiera empezar otra antes de la feria. No hay problema, hablaré esta tarde con Inocencio para que siga él solo. No nos viene mal.

—Pues entonces hecho —le contesté—. Muchas gracias, Ildefonso —zanjé encaminándome a la puerta.

Mi amigo Rafa me acompañó y con un «a ver si nos vemos» volví para casa. Una vez allí acordamos —mi madre, mi abuela y yo— que nos iríamos al día siguiente en el «Rápido», que era un tren que salía a las 12:30, llegando a Madrid alrededor de 16:30.

Me fui corriendo para clase, donde también informé que faltaría el jueves y el viernes, haciendo lo mismo en clase de mecanografía, donde ya tenía bastante soltura con los textos.

Cuando salimos de clase invité a Paqui a tomar algo en el Club Juvenil, que siempre tenía buena música, y aceptó. A nuestro paso por la plaza Vieja, nos acercamos a los hermanos Miguel y Pedro, que estaban en un banco sentados y decidieron venirse. Al rato de estar en el Club, aparecieron Enrique y M.^a José —que estaban un poco «encariñados»— y se sentaron con nosotros. Estuvimos hablando, y riendo, hasta que a las nueve y cuarto se fue Paqui y nosotros nos quedamos hasta las diez y media, porque yo no tendría que madrugar...

Al día siguiente, alrededor de las ocho, me llamó mi padre para que le echara una mano, así él iba más relajado, ya que según me explicó, aquella mañana tendría que «echar el verraco» a varias cerdas de vecinos que las traían para «cubrir» —la gente que tenía cerdas querían preñarlas, para que luego parieran, por lo que necesitaban un macho: el «verraco», que se llamaba «Chico». Se posicionaba la cerda en una especie

de muelle, donde se subía el verraco, para no hacer mucha fuerza encima (ya que pesaba 503 kg) y mi padre le abría la puerta de la gorrinera. A la voz de «vamos Chico» el cerdo salía (con rapidez) hasta el muelle, donde hacía su trabajo. Cuando acababa, y, a la voz de: «a la gorrinera», el cerdo volvía a su sitio, sin tanta presteza... Luego le pagaban, a mi madre, 50 pts. por el «trabajo». En caso de que no se quedase preñada, al poco tiempo, la volvían a traer (ya sin pagar)—.

Me mandó ir a «clasificar huevos de las gallinas». Teníamos más de 3000 gallinas ponedoras, que estaban en jaulas individuales. Cada gallina tenía su huevo, recién puesto, frente a ella. A la que no lo tenía se le ponía una marca en el comedero, para controlar si alguna ponía poco. Yo tenía que coger todos los huevos y clasificarlos por peso. Se echaban a rodar, a través de una máquina, que si pasaba un huevo que pesaba mucho, vencía un muelle fuerte y caía en el sitio de los «superextra», si pesaba menos caía en los «extra» o en los de «primera» y los menos pesados en los de «segunda». Yo los iba colocando en los diferentes cartones una vez separadas las diferentes categorías, ya que los precios también eran diferentes.

Alrededor de las once y algo, acabé con la faena y me di un baño para, posteriormente, hacer mi pequeña maleta y alistarme para ir a la estación del tren. El tren traía veinte minutos de retraso, ya me dieron ganas de sacar el bocadillo...

En aquella época, los vagones de pasajeros estaban divididos en tres categorías: primera —que en cada compartimento había seis confortables sillones de tela—, segunda —para ocho viajeros, por compartimento, con cuatro asientos, que eran de escay dobles— y los de tercera, que estaban sin compartimentar, disponían de un montón de bancos de madera —como los que había en los jardines—.

Nosotros sacamos billetes de segunda clase. Cuando, por fin, llegó el Rápido, con su negra máquina de vapor, pitando y echando humo por todos sitios, nos acomodamos en un asiento doble y echamos a andar, caminito de Madrid... Yo había ido a Madrid en bastantes ocasiones.